

figuras, en la bóveda de la linterna, no pasa de ser un regular capítulo de la prosa pictórica del caballero de Arpino. Si la mano que trazó el *Juicio final* en la capilla Sixtina, ó la que pintó los frescos de la Signatura, ó siquiera la que decoró la galería del palacio Farnese ó el casino del palacio Rospigliosi, hubiese dirigido la decoracion interior de la cúpula de San Pedro, la obra hubiera realizado el ideal artístico en la medida más gloriosa á que pudo aspirar el genio de los hombres.

Como el abismo atrae, al decir de los poetas, así las alturas atraen tambien. No hay quien llegue á los grandes arcos sobre que descansa la cúpula de San Pedro, y no sienta el irresistible deseo de subir todavía más, y contemplar, si es posible, la tierra desde aquel pedestal de gloria. Y en efecto, por entre las dos capas ó conchas que forman la cúpula, hay cómoda subida que conduce á una galería circular al pié de la linterna; cilindro insignificante cuando se le mira desde abajo, mole de 55 piés de altura cuando se le ve desde la base. Aun se puede subir más y llegar á otra galería pequeña debajo del pedestal de la bola: todavía más, una escalerita de hierro casi perpendicular, por donde sólo cabe de frente una persona, conduce á la bola de bronce, de dos metros y medio de diámetro, en cuyo hueco caben diez y seis personas: otra escalera muy estrecha permite la ascension hasta el pié mismo de la cruz, alta de más de tres metros: los que han llegado declaran que allí el panorama desaparece, y la turbacion y el vértigo son inevitables: son 424 piés sobre el nivel del pavimento de la Basílica. Desde la balaustrada de la linterna es desde donde realmente se obtiene un golpe de vista, que merece el viaje á la cúpula y áun el viaje á Roma. Este inolvidable paseo por las alturas del templo Vaticano inspiró á nuestro ilustre compatriota Pacheco la página quizá más bella de su libro *Italia*. «Todo el *agro* de Roma, dice el docto escritor, desde la mar á las montañas de la Sabina, desde el lago de Bracciano hasta Velletri, se dilatará y extenderá á vuestros piés. Toda la historia de los cuatro primeros siglos de la gran ciudad, todas las ruinas de la república y del imperio vendrán á erguirse y á colocarse de tropel ante vuestra vista. Roma entera con sus des-

pojos inmortales, y más allá de Roma por todos lados, esa desolacion universal, que como un inmenso sudario la ciñe y la comprime en su sepulcro. Por allí la via Appia hasta Albano, con sus esqueletos de acueductos y su calle de tumbas; más allá Genzano, Lavinia y las selvas de Nettuno y de Porto d'Anzio, primitivas moradas de los latinos y de los rútilos; á la izquierda Túsculo, hoy Frascati, Preneste, Tibur, hoy Tivoli, el país de los volscos y las grandes ruinas de la *villa Adriana*, una maravilla del arte imperial; luégo Autemne, Nomentum, Veyes: Veyes, que tan difícilmente venció y dominó Roma; despues la corriente del bajo Tíber, que se arrastra turbio y perezoso por aquellos campos de sombras y de recuerdos, hasta perderse en los salitrosos arenales de Fiumicino, en los bancos de Ostia, en las azuladas ondas del mar Tirreno. Entre esos recuerdos, entre esos despojos, entre esas sombras, lo único que se eleva hoy con verdadera vida es el templo de San Pedro, cuya cúspide pisamos, bajo cuya cruz nos detenemos en este instante: sin el espíritu que le levantó, ni existiria la ciudad moderna, que se dilata en derredor de él, ni áun se conservarían las ruinas que forman su incomparable cuadro.»

Incomparable, ciertamente. Desde aquella altura en que los ojos de la materia descubren campos inmensos, montañas, valles, y en último término el mar, los ojos del espíritu recorren con la maravillosa rapidez del pensamiento las páginas de un libro, que encierra la historia de la humanidad en larga serie de siglos. Aquella altura domina todo un mundo de sucesos, de ideas y de esperanzas. Por allí debajo han pasado pueblos y razas, que dejaron sangrienta huella en su camino; por allí los reyes y los decemvros y los tribunos y los cónsules y los pretores y los ediles; allí fué el imperio más poderoso de la tierra. Aun se ven los magníficos restos del gran caudal que atesoraron las edades; se ven las ruinas del circo y la cloaca máxima, que publican las glorias de la antigua monarquía, y las diversas líneas de acueductos y las ruinas imponentes del Foro y la cumbre del Capitolio, que recuerdan los dias de la república; y los arcos de triunfo y la mole redonda del Pantheon y los jardines solitarios del Palatino y la elipse

gigantesca del Anfiteatro Flavio, testimonios del poderío imperial. Por aquella via hicieron su entrada triunfal las legiones vencedoras de Sicilia y de Cerdeña, y luégo las que destruyeron á Cartago, y más tarde las que en los campos de Farsalia dieron argumento digno á la musa de Lucano. Allí, al pié del Capitolio, pasaron la última noche de su cautiverio, la que precedió al martirio, los conquistadores pacíficos de Roma, Pedro y Pablo: debajo de esa llanura que á uno y otro lado del Tiber domina nuestra vista, hay una ciudad silenciosa y oscura, habitada en remotos siglos por las primeras generaciones cristianas. ¡Qué riqueza de recuerdos y qué hermosura de lugares! Incendios, guerras, saqueos, devastaciones, han transformado cien veces esta Roma, que descansa á nuestros piés, y estas colinas y esta campaña, que nuestros ojos contemplan: conquistadores y reyes han codiciado su posesion, y de hecho la han tenido alguna vez, pero por breves dias. Aquélla es la antigua puerta Salara, que en el año 410 dió entrada á las huestes destructoras de Alarico. Del lado de la mar avanzaron á poco, como una nube empujada por el espíritu del mal, los vándalos de Genserico: más tarde los bárbaros de Odoacro y de Witiza aniquilan los monumentos de la cultura romana, y Totila se ensaña en arruinar esas mismas ruinas, que descubrimos, y luégo los lombardos y los sarracenos y los aventureros de Roberto Guiscard y los demagogos de la Edad Media y los tudescos mandados por el condestable de Borbon..... y los franceses de la república á fines del último siglo, y los soldados de Napoleon en el presente, y los invasores del Piamonte en nuestros dias..... tantos y tan numerosos han sido y son los enemigos, que contra esta ciudad y estos campos ha enviado el genio de la soberbia: cada uno de los caminos, que desde esta altura se ven, recuerda una invasion; cada muralla derruida, cada monton de escombros, da noticia de una gran desventura, y sin embargo, una fuerza misteriosa ha peleado siempre en defensa de estos campos regados con sangre de mártires, y de esta ciudad, guardadora providencial de los destinos de la civilizacion. No tienen baluartes, ni castillos almenados, ni trincheras formidables, ni artillería, ni ejércitos. Desde el bal-

con, en que nos hallamos mirando á la ciudad, sólo se ven, como centinelas simpáticas protectoras de todo reposo moral, cuatrocientas cruces de santuarios, y muchos asilos pacíficos de la oracion, de la caridad y de las artes: mirando más léjos se ofrece una campiña, cuyos moradores llamaron siempre rey á un anciano, que á su vez los llamaba hijos; un pueblo que era feliz miéntras sus enemigos no lo perturbaron con la estúpida gritería y con las ilusiones crueles de la falsa libertad y de la emancipacion egoista, que se traducen siempre en despotismo de las turbas y en tiranía de la fuerza y de la barbarie. No es, pues, ésta la vez primera que ha ondeado sobre las siete colinas la bandera de los invasores. La mano invisible, que la arrancó siempre, la arrancará tambien ahora.

## XVIII.

La visita á la Basílica de San Pedro produce inevitablemente una enseñanza: demuestra hasta la evidencia que Roma no puede ser capital de un reino; que aquel templo no es ni puede ser patrimonio de una nacion; que allí palpita una vida más fuerte y poderosa que la de un Estado; que aquélla es la catedral del mundo católico. Todos los siglos han cooperado á su construccion y embellecimiento; todos los pueblos han contribuido á su fábrica; todas las majestades han venerado su grandeza; todos los cristianos oran con el pensamiento sobre la tumba de los primeros mártires; todos los hijos de la Iglesia tienen en Roma el padre, la patria, la familia. ¿Cómo ha de querer un pueblo absorber á la ciudad, que por el espíritu y la doctrina absorbió á todos los pueblos? ¿Cómo ha de querer un rey dominar lo que todos los reyes acataron? ¿Cómo habria de consentir el mundo católico, que es un mundo, tener por patria comun y por capital otra capital que no sea la del mundo? Constantino trasladó de Roma la silla imperial, porque ya entónces en Roma no cabia más que la silla pontificia. ¿Habrá hoy algun

soberano que, procediendo al revés de Constantino, aspire á poner su trono en la Roma de los Papas?

Carlomagno conquistó y dominó vastas regiones, fué dueño del Occidente, no entró en Roma para sentarse como emperador, sino para arrodillarse como cristiano.

Nuestro gran Cárlos I de España, V de Alemania, fué el monarca más poderoso del siglo xvi: hubo momentos en que su influencia y señorío sobre Italia apénas tuvieron límite: ni en la guerra ni en la paz imaginó nunca fijar en Roma el trono de su imperial majestad y grandeza; ántes bien como príncipe enviaba cien mil escudos para la fábrica de San Pedro; como hijo sumiso de la Iglesia recibía á los piés del Pontífice la bendición apostólica, y de sus manos, en Bolonia, la coronación solemne.

Napoleon I realizó en los principios de este siglo el sueño de una dominación casi absoluta en Europa; y sin embargo, dueño de la Italia, tampoco hizo de Roma la capital de su imperio. ¡Quién sabe si el título mismo de Rey de Roma, que dió á su hijo, significaba en la mente de aquel hombre extraordinario algo que no está al alcance de sus biógrafos y de sus historiadores!

Fuera, pues, lamentable desvarío, en el estado actual de las sociedades, que un poder, combatido como lo están hoy todos los poderes; que un rey, intranquilo y azarado como lo están hoy todos los reyes, intentase lograr como justo y fácil lo que encontraron indebido é imposible Constantino, Carlomagno, Cárlos V y Napoleon.

Dirijamos una última mirada al templo de San Pedro. Aquella mole, que representa un valor material aproximado á dos mil millones de reales, ofrenda de la cristiandad entera, y un valor moral como el que significan sus reliquias, sus sepulcros, sus ceremonias y su primacía, no puede ser la catedral de una ciudad ni de un reino; aquella plaza, donde hemos visto millares y millares de personas de todos los países y de todas las lenguas arrodillarse para recibir una bendición, que alcanza á todos los ámbitos de la tierra, y confundirse en una sola plegaria, no puede ser la plaza de una capital como París ó Lón-

dres ó Madrid. En el centro de aquel atrio, que rodean doscientas columnas gigantescas, no pueden alzarse las armas de un soberano ó de una ciudad; álzase un obelisco, mudo testigo de la agonía y de la muerte del imperio. Sobre aquel obelisco no podía escribirse el nombre de un rey ó la fecha de una dinastía: allí se puso la cruz del Salvador, la insignia sacrosanta de la libertad.

Si hubiere algun príncipe tan desdichadamente aconsejado que intentase turbar á la cristiandad en la posesión de la Basílica de San Pedro y de la ciudad, á que sirve de corona, no olvide aquellas palabras que resaltan en el pedestal del obelisco: *Christus vincit: Christus imperat.*